

año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de S. Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexible, que no resistia á la cisura de una lanceta que se le mandó hacer á un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caja de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, estendiendo su culto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de S. Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia, ó temian que se descubriese algun verdadero delito, que con razon se la habia de ocasionar. Es tambien singular protector y abogado de aquellos, que no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A unos y otros favorece este Santo, y por su intercesion logran la integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la espacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

#### SAN UBALDO, OBISPO.

NACIÓ S. Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbria, en Italia, por los años de 1084; de una de las mas nobles y mas distinguidas familias del país. Habiendo perdido á su padre casi estando en la cuna, fué confiado á la tutela de un tío suyo, llamado tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. El mismo le dió las primeras instrucciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor ingenio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole despues á pensión en casa del prior de S. Mariano y Santiago para que estudiase en

compañia de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de las costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dejó el colegio ó seminario de san Mariano, y entró en el de S. Secundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí acabó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reina de los cielos le inspiró tanto amor á la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de una rica sucesion, resolvió renunciar todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpetua castidad.

Una virtud tan pocas veces vista en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan raros los buenos, movió al obispo S. Gramairiano á desear tenerle en su familia; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de san Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su puericia.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro Santo siendo todavía tan jóven, habia muchos años que vivia sin orden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad; abandonados los divinos oficios; y las horas canónicas se reducian á que tocasen á ellas las campanas. La clausura abierta por todas partes; el desorden tan público y tan continuo de dia como de noche; en una palabra, eran pocos los canónigos que no tenian una vida escandalosa. Gimió Ubaldo á vista de tan deplorable constitucion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura dificultosa. La misma inocencia y la misma virtud del santo prior eran al principio contra él. Mirábanle los canónigos como un mudo censor que los incomodaba; su mismo silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones daban en rostro, y en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprehension de la que ellos traian, no podian sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesares y pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y sus cortesanismos modales los desarmaron del todo, y aun en este particular se hicieron mas tra-

tables, de suerte que ya solo los desesperaban sus ejemplos, y no le podían mirar sin enfado.

Conociendo muy bien S. Ubaldo así la naturaleza de la enfermedad, como el temperamento de los enfermos, se contentaba con procurar cumplir con las obligaciones de su estado, sin darles mas lección ni aplicarles otro remedio que el del buen ejemplo. Comenzó ganando á tres canónigos de los menos viciosos, á los cuales persuadió que, juntándose á él, viviesen todos de comunidad, no teniendo mas que un refectorio, un dormitorio y un coro comun. Edificó á toda la ciudad esta ejemplar vida, resucitando en el clero el fervor de su primitivo espíritu. Por este tiempo, habiendo oído nuestro Santo elogiar á cierta comunidad de eclesiásticos, que con el título de canónigos reglares habia fundado un gran siervo de Dios, llamado Pedro de Honestis, en la iglesia de Santa María del Puerto, territorio de Ravena, pasó allá, y estuvo tres meses en ella para empaparse en su espíritu y observar su disciplina. Agradóle el instituto, y trajo consigo á Eugubio sus constituciones, las que gustaron tanto á los canónigos de su reducida comunidad, que todos unánimes resolvieron abrazarlas. Bendijo Dios la perseverancia y el zelo de nuestro Santo; porque todo el cabildo se convirtió, admitió el nuevo instituto, y en poco tiempo fué una de las mas ejemplares comunidades de canónigos reglares que florecian en la Iglesia universal.

En esta sazón un incendio, que abrasó la mayor parte de la ciudad, redujo á cenizas el convento y claustro de los canónigos, ocasion que pareció á Ubaldo muy oportuna para renunciar el priorato, y para retirarse á la soledad, objeto de sus ansiosos deseos. Pero no queriendo proceder en cosa alguna sin consejo, partió á verse con el bienaventurado Pedro de Rímíni, prior del desierto de Fon-Avelle, para consultarle sus intentos. Disuadióselos el siervo de Dios, declarándole ser tentación del enemigo, y lazo que le armaba para destruir el nuevo instituto, y arruinar en la cuna á la reforma; aconsejándole se restituyese al punto á su iglesia, y procurase reedificar cuanto antes el convento. Obedeció Ubaldo, y bendijo Dios su docilidad y sus trabajos, logrando ver en breve tiempo á su cabildo de Eugubio uno de los mas santos y mas florecientes de toda Italia.

Pero como se habia estendido por todas partes la fama y la reputación de nuestro Santo, no era fácil que le dejasen lograr de su quietud por mucho tiempo; y habiendo muerto el obispo de Perusa, el clero y el pueblo de comun acuerdo nombraron á Ubaldo por su obispo. Noticioso de su elección, se salió secreta-

mente de la ciudad, y se escondió en un sitio muy retirado hasta que supo que los diputados de Perusa se habian vuelto á sus casas. Entonces salió de su retiro, y llevado de su aversión á las dignidades eclesiásticas, se fué derecho á Roma, se echó á los pies del papa Honorio II, y le suplicó no atendiese al nombramiento de la iglesia de Perusa, vertiendo tantas lágrimas, moviendo tantas máquinas, y alegando tantas razones para que le escusase del obispado, que el papa se dejó doblar, y declaró nula la elección del pueblo de Perusa.

No duró mucho el triunfo de su humildad; porque sucediendo dos años despues la muerte de Estéban, obispo de Eugubio, y no conviniéndose el clero y el pueblo en la elección, se vió precisado Ubaldo, como prior ó dean de la catedral, á volver á Roma para suplicar al papa que pusiese fin á aquellas consternaciones. El papa, que estaba muy arrepentido de la facilidad con que antes habia condescendido con su repugnancia, le nombró por obispo de Eugubio, sin que ahora le valiesen sus razones, súplicas ni llantos; y le fué preciso obedecer, rindiéndose á una elección que mereció el universal aplauso del clero y pueblo. Fué consagrado por el mismo papa el año de 1129, declarando Dios ser suya esta elección, y justificándola el Santo desde luego por los grandes ejemplos de virtud, y por los maravillosos frutos de su zelo.

Persuadido á que la virtud del prior no bastaba para la virtud del obispo, dobló su fervor, su devoción y sus penitencias. Siempre habia sido parco su mesa; pero no obstante aun hizo que fuese mas frugal, refinando, por decirlo así, su abstinencia, su modestia y su pobreza. Solia decir que el obispo debia hacerse respetar por su virtud, mas que por su tren y por su equipaje; y añadía: *Si el obispo tiene mas renta que un canónigo, no es para mantener mas criados, sino para sustentar mas pobres.* Vivía con una continua mortificación en sus sentidos, y con un desasimiento general de todas las cosas. Infatigable en los trabajos de la penitencia, y en los que eran inseparables de su ministerio, velaba continuamente sobre el rebaño que se le habia encomendado. Ganaba los corazones con su agrado, con su apacibilidad y con su paciencia. Diciendo un dia á un albañil que no habia hecho bien en levantar una pared en suelo ajeno, aquel bárbaro lleno de furor arrojó al santo obispo en un monton de cal. Levantóse tranquilamente el suavísimo prelado, y se retiró á su palacio sin hablar palabra; pero el pueblo, que no era tan moderado, clamaba por el castigo de tan sacrilega insolencia, y temiendo el santo obispo que maltratase al delincuente-

te, le refugió en su mismo palacio. El pobre albañil, penetrado ya de un vivísimo dolor de su delito, se ofreció á pagarle con su misma vida; pero todo el castigo que le dió, ni permitió el Santo que se le diese otro, fué despedirle con un ósculo de paz.

Queriendo en cierta ocasion sosegar un tumulto popular, se metió intrépidamente entre las espadas desnudas; y á vista del peligro que corria el santo prelado, dejaron todos caer las armas de las manos, siguiéndose la reconciliacion, como efecto de sola su presencia. Ninguno fué mas dueño de los ánimos y de los corazones de todos. Despues que el emperador Federico Barba-roja sujetó á los romanos y saqueó la ciudad de Espoleto, venia marchando á Eugubio con ánimo de hacer lo mismo; pero habiéndole salido á recibir el santo obispo, le desarmó; y lleno Federico de respeto y de veneracion á su virtud, deponiendo el fausto que le rodeaba, se postró á sus pies, le pidió su bendicion, y perdonó á la ciudad.

En medio de sus continuas y dolorosas enfermedades, que disimulaba siempre con semblante alegre, apacible y sereno, ningun año dejó de hacer la visita de su obispado, y ningun dia de sustentar al pueblo con el pan de la divina palabra. Así como no hubo pastor mas amado de sus ovejas, así no hubo ovejas mas dóciles á la voz de su pastor. El culto divino restituido á su esplendor antiguo, los abusos desterrados y las costumbres reformadas fueron fruto del infatigable zelo de S. Ubaldo, que consumido al rigor de sus penitencias y pastorales fatigas, debilitado por sus achaques, y presintiendo se iba acercando la hora de su muerte, se hizo llevar á la iglesia de S. Lorenzo, donde se mantuvo como en una especie de retiro hasta el dia de la Ascension, disponiéndose para aquella última hora. Mandó despues que le restituyesen á su palacio episcopal, donde no cesó de dar saludables instrucciones todo el tiempo que logró libre el uso de la lengua. Agravándose la enfermedad la víspera y dia de Pentecostes, recurrieron todos con ansia apresurada á recibir su última bendicion al pié de su humilde cama, sin oirse en la ciudad mas que llantos y universales gemidos, hasta que en la noche del dia siguiente, que fué el 16 de mayo, pasó tranquilamente á la gloria eterna de los bienaventurados en el año 1160, á los setenta y seis de su edad, y treinta y uno de obispo.

Concurrieron á venerar el santo cadáver todos los pueblos vecinos á la primera noticia de su muerte, pareciendo triunfo mas que pompa fúnebre sus magnificas exequias; y los grandes milagros que obró Dios por intercesion del Santo, estando aun de

cuerpo presente, continuándolos despues en su glorioso sepulcro, movieron al papa Celestino III á canonizarle el año 1192. Cuatro despues se hizo la traslacion de su cuerpo á la iglesia catedral de S. Mariano y Santiago, que está sobre un montecillo estramuros de la ciudad, y se comenzó á llamar *el Monte de san Ubaldo*, por haberse edificado una suntuosa iglesia dedicada al Santo, con quien cada dia es mayor y mas solemne la devocion de aquel pueblo.

#### EL BEATO GIL, CONFESOR.

**M**ARAVILLOSO Dios en sus Santos, segun nos dice el real Profeta, quiso serlo particularmente en el beato Gil, para que brillase en él su divina misericordia, en tiempo que se hallaba precipitado en un caos de los vicios mas enormes. Nació este héroe verdaderamente portentoso en uno de los pueblos de la provincia de Portugal llamado Vaozela, y fueron sus padres D. Rodrigo Valladares y D.<sup>a</sup> Teresa Gelia ó Epidia, ambos muy distinguidos en aquel país, así por su calificada nobleza, como por el grande empleo que tenia Rodrigo en el servicio del rey D. Sancho el I. Aplicáronse éstos con el mayor esmero á dar á Gil una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; y habiendo manifestado desde luego unos talentos extraordinarios, quisieron que estuviese en la universidad de Coimbra bajo la enseñanza de los célebres maestros que regentaban las cátedras de aquella célebre academia. Hizo Gil grandes progresos dentro de muy breve tiempo en la latinidad y en la filosofia, y enamorado el rey Sancho de la habilidad y de la espedicion del ilustre jóven, proveyó en él varias piezas eclesiásticas; cuya carrera abrazó, no con el objeto ni con la rectitud que exigía el estado, antes bien fué el escándalo del pueblo por sus abominables desórdenes.

Quiso Gil dedicarse por una vana curiosidad al estudio de la medicina, y para instruirse perfectamente en esta ciencia, determinó pasar á París, donde la enseñaban los mas hábiles facultativos. Comenzó á pensar en el camino sobre los medios de adelantarse en la facultad á todos los hombres mas sabios de su tiempo, sin tener la menor repugnancia en adoptar toda clase de malas artes, con tal que consiguiese sus intenciones. Valióse el demonio de esta resolucion, para acabar de perder á un jóven que ya tenia preso con la cadena de los vicios, y juntándose con él en el camino en traje de pasajero, comenzó á explorar en las conversaciones familiares que tuvo con el desgra-